— No está mal. ¿Y tú?

— Voy pasando.

— Es verdad, te encuentro regenerado. Tus bigotes rubios hacen bien sobre ese cutis tostado. Oye, Cristián, siempre hemos sido buenos amigos. Dicen que tienes una mujer deliciosa. ¿Quieres un consejo? ¿Serás bastante listo para seguirle? Pues bien, no pases más por aquí.

— ¿Por qué?

— Porque...

— Pero, en fin...

— Eres muy curioso. Ahora, se te ve demasiado sobre tu cuadrúpedo. Pueden verte hablar conmigo desde una legua y no quiero... Buen viaje. Piensa en lo que te he dicho y paséate con preferencia por el lado de Montereau. Ahora, pequeño, envíame á París una caja de licores variados, por el consejo. Adiós.

Marieta desapareció en el quiosco y Cristián siguió su paseo, no por el lado de Montereau, como le habían dicho, sino hacia Moret, y al dar la vuelta al parque comprendió la prudente retirada de la linda Marieta. En dos barcas tripuladas por unos marineros, los huéspedes de Dammarie estaban ocupados en tirar de una red. En la primera estaban la Mauduit y Longín, y en la segunda Etiennette y Steingel. El bávaro, en mangas de camisa y remangado, tiraba con todas sus fuerzas de la red llena de peces. Ocupados en esta tarea, ninguno de ellos vió el jinete que seguía lentamente por la orilla. Cristián, no queriendo que pareciese que huía, pasó despacio por cerca de los pescadores mirando sin afectación su trabajo, y cien metros más allá puso el caballo al trote, tomó un camino de travesía y se alejó. ¡He aquí, pues, en qué se ocupaba aquella Etiennette que le pintaban como tan temible! Y él se creaba

tontamente quimeras y alteraba su tranquilidad por aprensiones injustificadas. Cristián creyó una ridícula pretensión la de haber supuesto alguna intención oculta en Etiennette. Le había reemplazado como á tantos otros y no había que pensar más en ella. Aquella noche estuvo más cariñoso que nunca con Genoveva, y su padre, que se volvía el día siguiente á París, le rogó que vigilase atentamente el embotellado de un nuevo producto que se preparaba á lanzar y que se enturbiaba muy fácilmente. Cristián prometió ir á la fábrica en aquel mismo día, pero formó el proyecto de pasar también por el sanatorio. El joven estaba dominado por el deseo de interrogar á Juan Angogne sobre lo que había dicho Etiennette en su visita y sobre su actitud respecto del conde. Cristián pensaba: « Es verdaderamente absurdo. ¿Voy á preocuparme ahora con el porvenir de esta muchacha? ¿Tendré en mí mismo algún germen que ella ha puesto y que no puedo destruir? ¡Cómo! Cuando vivía con Etiennette me ocupaba muy poco de ella y ahora trato de averiguar lo que hace... ¡Cristián! ¡Cristián! Vuelve en ti... ¿Qué dirían tus antiguos compañeros si te vieran? » Se echó á reir de sí mismo y se dirigió hacia la fábrica, decidido á no pasar por el sanatorio. Al llegar encontró un grave motivo de descontento. El conserje, antiguo soldado, estaba en su cuarto con el guarda rural y ambos bebían mano á mano grandes tragos de aguardiente. Los dos estaban muy chispos y se levantaron penosamente al ver al joven, mientras trataban de esconder la botella. Cristián, que estaba mal dispuesto, y quería pegar con alguien su mal humor, interpeló á los bebedores con vehemencia:

— ¿Qué hace usted aquí? dijo al guarda rural. En vez de vigilar á los borrachos del término, ¿viene usted

á emborracharse? Váyase al instante á Gourneville y yo hablaré con el alcalde.

— ¡Ah! Señorito Cristián, por un pobre trago no querrá usted hacerme perder la plaza...

— ¿Y usted, prosiguió Cristián dirigiéndose al conserje, usted que debe vigilar á los obreros, ¿cómo les hará sus observaciones si han bebido, cuando usted bebe más que ellos?

— ¡Ah! Señorito Cristián, gimió el viejo aterrado.

— Porque mi padre se ha marchado, ya no guardan ustedes miramientos... Yo les enseñaré á respetarme.

— ¡Señorito Cristián! ¡Yo que le he visto á usted tan pequeño! ¿Cómo puede pensar?...

— ¡Cállese usted!

Cristián, ya desahogado, iba á calmarse, cuando el guarda rural se puso á murmurar en un acceso de desesperación:

— ¡Solamente el pueblo no tiene derecho para consolarse con un trago! ¡Todo es para los ricos en este mundo!

El guarda no tuvo tiempo de terminar su apóstrofe revolucionario, pues Cristián se arrojó á él, le cogió por el cuello de la chaqueta y sin respeto hacia su carácter oficial, le echó de la portería de un puntapié. Después, dió un suspiro de contento y dijo al conserje:

— Bueno está por una vez, pero si vuelve á suceder, prevengo á usted que le pondré en la puerta.

Y sin preocuparse por los gemidos del guarda, que lloraba de embriaguez y de humillación, se fué á la fábrica. Cristián pasó por el departamento de los alambiques y entró en el del embotellado, en el que se veían altas pilas de botellas obscuras y de una forma elegante y nueva, que iban á ser colocadas en la máquina automática que llenaba quinientas á la véz, las tapaba, las lacraba, les ponía las etiquetas y las depositaba en el almacén, dispuestas ya para la venta. Cristián, por cumplir el encargo de su padre, quiso aquel día, contra su costumbre, comprobar los resultados obtenidos, y el director, señor Moulín, advertido de su presencia, se apresuró á ponerse á sus órdenes. Los dos entraron en el almacén, donde la temperatura era siempre muy baja, gracias á unos aparatos frigoríficos. Toda la metódica organización que permitía fabricar y vender anualmente millones de litros de licores se manifestaba allí por el trabajo regular y especializado de los obreros. Cristián tomó al azar una botella y la miró al trasluz agitándola suavemente para hacer subir en la masa del líquido el depósito posible que temía su padre. Pero no vió nada. La botella permanecía perfectamente clara y su contenido, de un hermoso color verdoso, no se descompuso. Cristián dijo á un capataz:

— Destape usted esta botella y deme un cubilete.

Los cubiletes de prueba estaban en un pilón de agua corriente. Destapada la botella, Cristián se acercó el cuello á la nariz y aspiró el perfume. Después llenó hasta dos terceras partes el cubilete, le dió vueltas lentamente para desarrollar los aromas, se lo llevó á los labios y lo bebió gustándolo según las reglas de la cata.

— Es delicioso, dijo. ¿Es esta la nueva marca?

— Sí, señor, la última palabra de la fabricación... Nadie podrá luchar con nosotros en calidad ni en precio... Es un éxito asegurado y habrá que aumentar los talleres al doble...

— ¿Cómo habéis bautizado esta nueva creación?

— La Prunelina... Un verdadero licor de familias, agradable, estomacal é inofensivo...

Cristián se sonrió.

— ¿No contiene, entonces, alcohol?

— No puede menos de contenerlo, pero tiene también badiana, que es un poderoso antiespasmódico que neutraliza los efectos convulsivos del alcohol. La Prunelina ofrece á los bebedores el mínimum de peligro y es en este sentido un beneficio para la humanidad.

— ¿No venderemos esta vez sino un semiveneno? dijo Cristián con ironía.

— Como no se prohiba la venta de licores en Francia, replicó calurosamente el director, no se puede dar al público mejor producto...

— ¿Era la Prunelina lo que bebían hace un momento el conserje y el guarda rural? Los dos estaban chispos cuando he llegado...

— ¡Ah! Esa gente es imposible. Había que registrar á los obreros á la salida para que no se lleven los licores... Se los regalan al portero para ponerse bien con él... Yo vigilaré...

Cristián se echó á reir.

— Mi querido señor Moulin, no hay medio de impedir á un borracho que beba. Todas las precauciones que usted tome serán ilusorias.

Cristián terminó la conversación y salió al patio. Por la orilla del Sena se extendían las bodegas inmensas que contenían los alcoholes que Vernier fabricaba, compraba y vendía, encerrados en grandes barricas; formidable arsenal de destrucción para la especie humana. Bastaba abrirlos y repartir su contenido por el mundo para que la enfermedad, la miseria y el crimen salieran de ellos como flores monstruosas del alcoholismo. Al pasar por aquellas galerías, impregnadas de un olor acre y sutil, Cristián pensaba estas cosas y en

su frente se dibujaba una arruga dolorosa. Sabía las tentaciones abominables del licor del olvido y casi se arrepentía de su dureza con los dos beodos á quienes había maltratado al llegar. ¿Con qué derecho era tan severo? ¿Quién podía reprochar á unas pobres criaturas humanas que tratasen de huir por un momento del horror de la vida? ¿Con qué derecho se impide á los hombres que se destruyan? ¿Es acaso el hombre esclavo de una organización social que, bajo pretexto de moralizarle, le impone una higiene que le priva de toda alegría? ¿Quiénes eran los cuerdos y quiénes los locos? ¿Los que vivían en una triste sobriedad ó los que se entregaban á una descuidada intemperancia? Y Cristián llegó á afirmar con amargura que un hombre desgraciado tiene el mismo derecho á la embriaguez que un desesperado al suicidio. Dominado por estos pensamientos, se despidió del director y tomó maquinalmente el camino del sanatorio, presa de una de esas crisis de misantropía que eran en él tan terribles y bajo el imperio de las cuales se lanzaba á velocidades vertiginosas con su automóvil á riesgo de las mayores desgracias. Por fortuna iba á pie y su agitación era interior. Con una singular lucidez, el joven se examinaba y se encontraba un alma baja y dispuesta á todas las infamias. ¿En qué se diferenciaba de los peores criminales? En las circunstancias, simplemente, y en la ausencia de necesidades. Poseía una gran fortuna y esto le ayudaba á permanecer honrado, si es que no era el fondo mismo de su honradez. Si fuera pobre, ¿no se convertiría instantáneamente en un bribón? ¿Quién tenía, entonces, derecho para mostrarse implacable con los desgraciados sin defensa?... Filosofando de este modo entró en el patio del sanatorio y se quedó admirado al ver en la puerta del laboratorio una

victoria con dos caballos. Entró, sin embargo, en el vestíbulo y sencillamente, como era su costumbre, abrió la puerta sin llamar y entró en el despacho del joven sabio. Pero se detuvo estupefacto en el umbral. Sentada al lado del escritorio y vestida con la elegante sencillez de una verdadera dama, había reconocido á Etiennette. El conde Steigel estaba en pie delante de la chimenea escuchando las explicaciones de Juan Angogne sobre una cuestión de química agronómica. Al ver á Cristián, el doctor se levantó, salió á su encuentro y se dispuso á presentarle á los habitantes de Dammarie.

— He aquí justamente al señor Vernier que hace corrientemente los experimentos de que estamos hablando, señor conde. El señor Cristián Vernier, hijo del fundador de este establecimiento... El señor conde y la señora condesa de Steingel...

Cristián, impasible, se inclinó ante el conde, pero sus ojos no se separaban de Etiennette, admirado por su gracia sencilla y por su porte elegante. La joven sostuvo su mirada con tranquila audacia, sin bajar los ojos y con boca ingenua y sonriente. Habló y Cristián no comprendió, casi, lo que decía, de tal modo le pareció cambiada hasta su voz. Ya no era la Etiennette de la charla atrevida y de las chanzas de baja estofa. Las palabras salían precisas y frías de aquellos labios en los que florecían en otro tiempo las palabrotas y los juramentos. El conde, al dirigirse á Cristián, le devolvió un poco la noción de la realidad. El noble extranjero que tenía un fuerte acento alemán y se expresaba en un francés aproximativo, devolvió al joven toda su lucidez haciéndole el elogio de los licores de su casa que se bebían con gusto en todo Alemania. En este momento vió Cristián encenderse una pequeña llama

en los ojos de Etiennette y formarse una ligera arruga en la comisura de sus labios, lo que era indicio en ella de tan oculta y loca alegría interior, que el joven reconoció de repente á la Etiennette de otro tiempo. Un segundo antes se habían mirado con una frialdad casi hostil, pero en aquel momento esa frialdad se disipó, las dos miradas cómplices se entendieron y la misma mueca burlona apareció en sus labios, como si ambos murmurasen juntos : « ¿ Será imbécil este hombre que habla de cultivos y hace el artículo de tus licores ? Mira con quién vivo aburrida y encarcelada... Y todo por culpa tuya... » Cristián no quiso continuar en esas complicidades. No le acomodaba fraternizar con su antigua amada y la encontraba muy bien con el conde Steingel, por lo que volvió á tomar su expresión correcta y fría. El doctor ofreció al conde enseñarle el laboratorio y al ver que la joven no manifestaba deseo de acompañarlos, el bávaro dijo :

— Quédate, querida amiga, con el señor Vernier, si quiere tener la amabilidad de acompañarte. Me voy con el doctor, pero no tardaremos.

— No se molesten ustedes por mí. Voy á bajar al jardín y á aspirar el perfume de las rosas mientras les espero.

Obligado por la más vulgar cortesía á quedarse con Etiennette, Cristián se resignó y la siguió al jardín. Y allí, ya solos y seguros de no ser oídos, pudieron explicarse.

— ¿ Qué guasa es esta que acabas de darme ? dijo Cristián. ¿ Ahora te haces llamar condesa ?

— Ya lo ves.

— ¿ Se va á casar contigo ese caballero ?

— Si yo consiento.

— ¿ Y te conoce?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Me conoce. Precisamente por eso...

— Entonces es un noble de mesa redonda...

— Es un verdadero noble, emparentado con la mejor sociedad de Munich, y que pasa por todo porque me ama.

— Eso es más verosímil.

— Me asombras.

— Vaya, nada de acritud. Nos conocemos y no tenemos que ponernos guantes para hablarnos.

— Dices bien. Pero te prevengo una cosa, y es que si Hermann...

— ¿Quién es Hermann?

— El conde.

— Debí sospecharlo... Y bien ¿qué?

— Es celoso como un tigre y si prescinde de mi pasado, no bromea con el presente...

— ¿Y nos deja juntos con esta amable complacencia?

— Tiene confianza.

— ¡Diablo! Merece una estatua...

— ¿Por qué? ¿Qué decimos que pudiera siquiera ofender su susceptibilidad? ¿Te haces acaso ilusiones sobre los peligros que corro á tu lado? Disipa tus temores, querido amigo. He tomado mis disposiciones para volverme seria.

— ¡Cómo te va á extrañar!

— La variedad es el mejor aliciente de la vida.

— ¿De modo que te estás preparando á ser baronesa?

— No, no soy tan tonta. Quiero conservar mi libertad. Tengo una buena fortuna que me pone á salvo de las deslealtades y de los caprichos, y quiero vivir á mi modo. Bastante tiempo me he afanado para divertir á los imbéciles. Ahora les toca á ellos representarme la comedia.

— ¿Me metes, acaso, en la representación?

— No quiero contártela por adelantado. No, seamos buenos camaradas. No me crees dificultades y no te jugaré malas partidas.

— Está convenido. Prefiero eso. Me hubiera contrariado encontrarme en hostilidad contigo. Así, volvamos la hoja del pasado. No nos hemos conocido y vivimos como buenos vecinos. Pero no te expongas á que te encuentre mi mujer, que no tardaría en descubrirlo todo.

— No tengo deseo de tal cosa, pues no me serviría para nada. Además, el conde no quiere hacer relaciones en este país. No hace más que cazar, montar á caballo y amarme.

— Son más ocupaciones de las que hacen falta para absorber la vida. Si además quiere hacer investigaciones industriales, no sé de dónde va á sacar el tiempo.

— Ya le tendrá; yo me encargo de eso. Tiene en Alemania kilómetros cuadrados de granos, de remolachas y de patatas... Es preciso que saque partido de todo eso y tú vas á enseñarle.

— ¡Me dejas tonto! Ahora te vuelves mujer de negocios...

— Entre nosotros, creo que yo sirvo para todo. ¡Silencio! El conde.

Steingel bajaba la escalinata acompañado por el doctor.

— He concertado con el señor Vernier una entrevista contigo, mañana, en su fábrica. Verás allí cómo la industria saca partido de la agricultura y aprenderás cosas útiles...

— Lo agradeceré mucho.

Hermann, lleno de alegre expansión, estrechó hasta triturarla la mano de Cristián, un poco confuso, y se

despidió del doctor. Etiennette dirigió un gracioso saludo á los dos jóvenes y se instaló en el coche con una dignidad perfecta. Cristián la siguió con la mirada, pensando :

— ¡ Es una mujer verdaderamente superior y nunca ese papanatas sabrá el tesoro que posee. Lo delicioso con Etiennette es conocerla bien para verla maniobrar. Pero, en suma, es terriblemente peligrosa. Más vale estar bien que mal con ella. El joven no sospechaba que, en aquel momento, la mujer cuya inteligencia estaba ponderando pensaba en los medios de causarle daño y se proponía hacerle pagar muy caras todas sus impertinencias.

IX

En la biblioteca del castillo de Dammarie, el señor Tarde, ingeniero agrónomo de San Remigio, y Cristián acababan de trazar al conde Steingel un programa de cultivo intensivo. Por la ventana abierta entraba un olor húmedo de los perales, mojados por un chaparrón reciente, y el sol, que había reaparecido, hacía chispear las hojas llenas de perlas líquidas. La frescura de la tarde era deliciosa.

— Señor conde, decía Tarde, no se puede obtener nada en agricultura si no se restituyen al suelo las cantidades de nitrato y de sulfato de potasa que se le roban en cada recolección. Los estiércoles no son abonos y sólo sirven para dividir y mullir la tierra. Si usted quiere, haré nacer el trigo en el suelo de este salón. Es cuestión de echar mano de la química... Usted tiene en Alemania yacimientos de sulfato y de nitrato; sírvase de ellos y me dirá lo que es bueno. Pero empiece por hacer analizar las tierras, pues, si no, caminará siempre á ciegas y se expondrá á poner amoníaco donde haga falta cal.